

COSTUMBRISMO LINGÜÍSTICO Y AMBIENTACIÓN CORDOBESA EN EL AMO (NOVELA DE LA VIDA ANDALUZA 1922)

MANUEL GALEOTE
UNIVERSIDAD DE MÁLAGA

Original del polifacético escritor cordobés Luis de Castro Gutiérrez (1888-1973), *El Amo* (*Novela de la vida andaluza*), publicada en Madrid (1922), se caracteriza por una ambientación andaluza que motiva descripciones costumbristas y lingüístico-dialectales de la comarca más sureña de la provincia de Córdoba, durante los primeros decenios del siglo XX. Constituye, sin duda, una de las obras de mayor aliento que concibió Luis de Castro. Durante tres cuartos de siglo ha permanecido olvidada en los anaqueles de las bibliotecas públicas, por ejemplo en la Biblioteca Nacional de España (Madrid), y en las bibliotecas particulares¹:

La mayor parte de la vida de Luis de Castro transcurrió en Madrid, pero sus tempranas vivencias y los recuerdos de la infancia cordobesa dejaron una huella imborrable en sus escritos como puede comprobar el lector²:

El paseo genileño era como un mirador desde el que se dominaba toda la pintoresca vega del Genil. Los verdes olivares de «Montenegro», las espesuras forestales de «La Isla» y las ingentes sierras de «Los Barrancos».

Por las tardes del verano se acogían a la sombra de las acacias los chiquillos y los viejos. Aquéllos, para cazar aviones y jugar al «marro»; éstos, para hablar de las faenas del campo, de los chismorreos locales y hasta de política, si se terciaba (pág. 36).

Noche. Las estrellas brillaban en el cielo. Eran muchas, numerosas, infinitas. Diríase que todas se ataviaron con los más potentes reflectores de sus gemas para darle escolta a la luna por los campos cordobeses. En las hortalizas de las huertas, los grillos soplaban el flautín de sus élitros. Las niñas, en la calle Real, jugaban al corro. Sus voces infantiles tenían, en la placidez de la noche, ternuras infinitas para las hermanas del cantar (pág. 46).

Un periodista y crítico literario -Mevio Tertuliano- ha señalado en un epigrama desconocido hasta ahora el carácter andaluz que subyacía en la personalidad literaria de Luis de Castro:

Capa española y andar pausado. Gracejo andaluz, injerto de madrileño de pura cepa. Gran literato y excelente compañero de tertulia. Amante de los clásicos y feliz intérprete

¹ Las indicaciones de pág. están referidas siempre a la edición de 1922.

² Cfr. M. Galeote, «El costumbrismo cordobés en las novelas de Cristóbal de Castro», *Angélica. Revista de Literatura* 6 (1994), págs. 177-184.

de nuestra picaresca inmortal. ¿Sabéis quién es?

Entre amigos el mejor,
y como poeta, un «astro»;
con los señores, señor...

He nombrado a Luis de Castro.

Si trazamos una línea imaginaria, que enlace a los costumbristas andaluces desde Fernán Caballero hasta los hermanos Castro, ésta debería de pasar por Estébanez Calderón «El Solitario», Pedro Antonio de Alarcón, Juan Valera y Arturo Reyes, sin olvidar a Salvador Rueda³. Por los mismos años en que Cristóbal de Castro vive inmerso en una etapa de escritor costumbrista (1907-1927), se publican las novelas *El amo* (*Novela de la vida andaluza*), de Luis de Castro, y *La niña del alcalde*, de Miguel de Castro, siguiendo la estela del primogénito.

En la novela andaluza de 1900 a 1931 hay que citar también a López Pinillos Parmeno, González Anaya, Isaac Muñoz y muchos otros⁴. Esta novela costumbrista y regional se caracteriza por la persistencia de una nostalgia del pasado, de un mundo que está a punto de desaparecer, y va acompañada de una profunda desconfianza hacia el progreso y los aspectos nuevos de la época moderna. Todos estos novelistas están muy cerca de este espíritu costumbrista romántico español y coinciden en la misma actitud. Frecuentemente se confronta la Andalucía tradicional y la Andalucía moderna.

La imagen de Andalucía que brota de la mayor parte de las novelas de estos escritores regionales⁵ parece corresponder a una época antigua, aunque rara vez el novelista aporte detalles para situar la narración en el tiempo. Esa ausencia sistemática de puntos de referencia temporales corre pareja con la evocación de una Andalucía del pasado, pero considerada como cercana todavía. Se recogen en las descripciones novelísticas aquellos aspectos tradicionales de la región aún vigentes en su época, superpuestos a otros ya desaparecidos. De este modo se explican los clichés ya existentes en la obra de los costumbristas del siglo anterior: escenas de novios en la reja, la descripción de fiestas, de barrios típicos, etc. En las ciudades se describen los barrios antiguos y renombrados y se eluden las referencias a la modernización progresiva de la ciudad. Los personajes suelen salir del folclore, no son personajes vivos, sino artificiales, en su forma de vestir, en su

³ Para C. de Castro, Arturo Reyes superaba a Estébanez Calderón; vid. Cristóbal Cuevas, *Un enfoque humano del andalucismo literario. Arturo Reyes, su vida y su obra*, Málaga, Caja de Ahorros Provincial, 1974, pág. 111. El libro *De Andalucía* de Reyes, en opinión de C. de Castro, es «uno de los que, con las *Escenas andaluzas*, con *La pródiga*, con *La papallona*, con *La Puchera*, con *Morriña* y con *Juanita la Larga*, forman la «legión de honor» de la literatura regional», (Heraldo de Madrid, 11 de junio de 1910) citado por Cristóbal Cuevas, op. cit., pág. 145. Vid. Manuel Galeote, «De don Juan Valera a Cristóbal de Castro: sobre el andalucismo lingüístico», en *Actas del I Congreso Internacional sobre don Juan Valera*, conmemorativo del centenario de la publicación de *Juanita la Larga*, Matilde Galera Sánchez (Coord.), Cabra, Ilmo. Ayuntamiento de Cabra (Córdoba) –Excma. Diputación Provincial– CajaSur, 1997, págs. 467-478. Vid. la edición y estudio que ha realizado M^a. Isabel Jiménez Morales de *El gusano de luz. Novela andaluza* de Salvador Rueda, Málaga, Arguval, 1997.

⁴ Cf. Amelina Correa Ramón, *Isaac Muñoz (1881-1925). Recuperación de un escritor finisecular*, Universidad de Granada, 1996; M^a del Carmen García González, *Vida y obra de José López Pinillos (Pármeno)*, Universidad de Oviedo, 1992 [tesis doctoral en microfichas]; Ascensión Sánchez Fernández, «Una cala en el costumbrismo malagueño del siglo XX: Gustavo García-Herrera. Aspectos de su obra literaria», *Axarquía. Revista de Estudios Cordobeses* 11 (1984), págs. 119-146.

⁵ Sobre el paisaje rural en estas novelas realistas que se publican a finales del XIX y principios del XX, vid. Lily Litvak, *El tiempo de los trenes. El paisaje español en el arte y la literatura del realismo (1849-1918)*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1991, págs. 51-95. Vid. además M^a. Isabel Jiménez Morales, *La literatura costumbrista en la Málaga del siglo XIX (Un capítulo del costumbrismo español)*, Málaga, Diputación Provincial, 1996.

descripción, etc. Prisioneros de la nostalgia, los novelistas evocan pregones de antaño, nos presentan los elementos «pintorescos» de Andalucía: lo tradicional, lo opuesto a la imitación de lo extranjero y del progreso, el acento andaluz, la forma de andar, la vivacidad de espíritu, la dulzura de carácter o la sensibilidad.

Los principales temas que aparecen en los cuadros de costumbres dentro de las novelas andaluzas, según Dominique Grard, son las fiestas populares, los bailes y cantes típicos, las escenas de novios en la reja y las descripciones de barrios típicos y, en último lugar, el campo andaluz, con sus faenas, fiestas tradicionales de finales de la cosecha, etc.⁶

No obstante, en la novela de Luis de Castro destaca sobre el costumbrismo un elemento muy visible como es la crítica o denuncia social. El autor no puede ser indiferente a la injusticia social ni a las desigualdades entre jornaleros andaluces que soportan una dura existencia, frente a caciques o terratenientes que los explotan. Hay una fuerte reivindicación de los más débiles, de aquellos personajes que podríamos considerar marginados de la sociedad. Ciertamente, el final incendiario, que pretende reparar la injusticia social histórica, solo es posible en la literatura, en la novela. En primer término, ante el lector, se elevan las llamaradas del fuego atroz que devora al cacique.

Para José C. Mainer, los escritores españoles iban tomando conciencia de la peculiaridad nacional al tiempo que sentían su incapacidad para acabar con la miseria española y se enorgullecían por el orgullo patriótico que les producía⁷. Se descubrió una España diferente, igual que en el Romanticismo, y el paisaje se convirtió en protagonista literario. Donde se produjo la fusión de regionalismo, casticismo e inquietud social fue en la pintura realista, entre 1910 y 1930, años en los que se publican las obras costumbristas de los hermanos Castro. Se ha producido la modernización de los mercados artísticos regionales que proporcionan popularidad y ventas a la renovación plástica que incorporó corrientes europeas, desde el impresionismo al surrealismo. Pero también pintores como Sorolla en Valencia o Romero de Torres⁸ en Andalucía, entre otros que podrían citarse, permitieron el afianzamiento de un arte regional que se ha venido identificando con el 98 literario. Incluso una parte importante de la música española cabe en esa denominación global de expresión regional modernizada: *El corregidor y la molinera* (primer título de *El sombrero de tres picos* de Falla) se estrenó en 1916 en Madrid.

En la caracterización de los personajes, Luis de Castro se sirve de elementos que expresen el contraste, estableciendo el paralelismo entre ellos: por ejemplo, el amo -que explota económicamente a los obreros e, incluso sexualmente, a las mujeres- frente a Mariquiya:

Don Pepe Luis estaba gordo, demasiado gordo [...] Los ochenta kilos, bien corridos, apuntó la última pesada. Era su gordura inarmónica. Todo el bloque de su carnaza aflucía a la barriga, formando un trípode temblequeante. Los mofletes del rostro se habían conjuncionado con los del abdomen, anulando las líneas del cuello. Aquella mole humana predisponía a pensar en el succulento banquete que en su día les aguardaba a los gusanos del cementerio (pág. 10).

⁶ Vid. D. Grard, *Imágenes de Andalucía y sus habitantes en la narrativa andaluza de principios del siglo XX (1900-1931)*, Editorial Don Quijote, esp., págs. 71-106.

⁷ José Carlos Mainer, *La edad de plata (1902-1939)*, Madrid, Cátedra, 1987.

⁸ Recordaremos que la portada original de *El amo* es obra de Julio Romero de Torres, a quien le unía gran amistad con Cristóbal de Castro. Ésta parece ser la razón de los retratos excepcionales que pintó del escritor (ante un ventanal abierto al Puente Romano de Córdoba, con el Guadalquivir y la ciudad al fondo, en la penumbra de la tarde), y otro de su hijo Horacio de Castro, ambos en el Museo de Romero de Torres (Córdoba) y sin hallarse expuestos al público. Vid. la semblanza biográfica «Romero de Torres o el puñal» que le dedicó Cristóbal de Castro en sus libros de ensayo *Vidas fértiles*, Madrid, Editorial Castro, 1932, págs. 205-209; y *Genios e ingenios*, Madrid, Editora Nacional, 1949, págs. 172-175.

En cambio, Mariquilla era una joven encantadora y de una belleza suprema:

Prosiguió desde el marco de la puerta saboreando en silencio libidinoso, los encantos de la muchacha. Sobre su cara morena de andaluza virgen, jugaban los mechones de su pelo negro como la mora. Los ojos bellos y grandes tenían caricias de alcoba. La negligencia del escote dejaba ver unos hombros trigueños a fuerza de los besos del sol meridional. Y la falda de percal barato dibujaba las morbideces de un cuerpo soberbiamente modelado (págs. 10-11).

En contraste con la figura grotesca de don Pepe Luis, el autor destaca la hermosura y esbeltez de la protagonista: «Ojos morenos, con picardías gitanas y candores de chiquillo [...] los labios carnosos y sangrantes, como rosas de cien hojas [...] el cuerpo fino, erecto y cimbreante, como junco ribereño» (pág. 27).

Es interesante notar que los rasgos idealizadores del personaje femenino están impregnados de reminiscencias árabes (pelo negro como la mora), mezcladas con un toque de erotismo finisecular (los ojos... tenían caricias de alcoba) y alusiones a Andalucía (andaluza virgen, sol meridional). Todo ello confluye en el estereotipo femenino de la mujer fatal, que lleva al hombre a su perdición⁹. Al mismo tiempo el novelista recurre a elementos de la tradición católica conservadora y compara la actitud virginal de la muchacha con el largo historial amoroso del amo, sus veinte años de sultanazgo o la entrega a un amor mercenario y lujurioso, que había satisfecho las exigencias lúbricas de su carne pecadora (pág. 12).

La misma tendencia hacia el exotismo oriental encontramos en determinadas protagonistas femeninas de las novelas de Cristóbal de Castro, según hemos mostrado en otro lugar¹⁰. Cansinos Assens señaló ya este gusto por lo oriental en Castro, Villaespesa y López Alarcón: «Es admirable ver cómo entre nosotros se perpetúan las tradiciones líricas árabes, cómo respiramos un ambiente lírico oriental. Poetas árabes como Almotamid y Aben-Abed encuentran un eco en poetas nuestros de hoy como Villaespesa y López Alarcón y Cristóbal de Castro [...] Cristóbal de Castro, el cantor de Flérida, ¿no recuerda a un poeta árabe que lanza madrigales a mujeres veladas, que pasan de largo contoneándose»¹¹. En la novela *El amo* no podía faltar la evocación de la Granada árabe:

Fue en aquella capital andaluza donde sus ojos se abrieron a la luz prima [...] En su pensamiento veía la hermosa ciudad moruna cerrada por altas montañas de granito. Las calles estrechas y torcidas, empapadas de silencio. Los vericuetos del Albaicín por donde en otro tiempo pasaron los caballos moros, de blancos albarnoces. La Alhambra, con la Torre de la Vela, los patios de las Doncellas y los Abencerrajes, plagados de caprichos arquitectónicos. Los camarines y cuartos de baño, donde a través de los siglos se perpetúa la delicada psicología de la raza mora. Las umbrías del Generalife, con acequias rumorosas cantando al pie de los rosales, y el aroma del viento

⁹ Vid. Serge Salaün, «Apogeo y decadencia de la sicalipsis», en *Discurso erótico y discurso transgresor en la cultura peninsular (siglos XI al XX)*, Coord. por M. Díaz-Diocaretz e Iris M. Zavala, Madrid, Ediciones Tuero, págs. 129-153; Lily Litvak, *Erotismo fin de siglo*, Barcelona, Antoni Bosch, editor, 1979; y *Antología de la novela corta erótica española de entreguerras (1918-1936)*, Madrid, Taurus, 1993, especialmente págs. 44-74.

¹⁰ M. Galeote, «La bonita y la fea (Apuntes sobre el erotismo en las novelas cortas de C. de Castro)», en *El cortejo de Afrodita. Ensayos sobre literatura hispánica y erotismo*, ed. de A. Cruz Casado, Anejo XI de *Analecta Malacitana*, 1997, págs. 245-257.

¹¹ R. Cansinos Assens, *Obra crítica*, op. cit., II, pág. 586; M^a Soledad Carrasco Urgoiti, *El moro de Granada en la literatura (Del siglo XV al XIX)*, Edición facsímil con Estudio Preliminar de Juan Martínez Ruiz, Universidad de Granada, 1989, pág. 449, menciona que Cristóbal de Castro (*Cancionero Galante*, Paris, 1909) y otros poetas jóvenes recogieron en su poesía «ecos de la tradición morisca». Sobre la mujer fatal, vid. Lily Litvak, *El jardín de Aláh. Temas del exotismo musulmán en España. 1880-1913*, Granada, Editorial Don Quijote, 1985, págs. 127-136.

perfumado de los cármenes, donde la túnica agarena de Lindaraja resurgía como bandera de amor (págs. 55-56).

Volviendo al personaje principal del amo, Pepe Luis se sentía ufano de aquellos «trápicos lujuriosos y repugnantes [...] alcanzados, los más, en inviernos de malas cosechas y hambres horribles» (pág. 11). El despotismo del amo se expresa claramente en las páginas que siguen: «El Poder civil, el Poder judicial y el Poder económico en casa estaban, y para servir a la casa eran» (pág. 13). El tirano imaginaba que los viñedos, los olivares y todas las tierras, en su conjunto, repetían a su paso -caballero en su jaca torda- una cantinela de sumisión: «Somos de Pepe Luis», «de Pepe Luis...» (pág. 14). Casi al final de la novela (pág. 270), cerrando el penúltimo capitulillo, este personaje proclama «Er amo... ¡Soy el amo!...». Es casi un vaticinio de lo que le espera a partir de ese momento, en el truculento capítulo final.

Frente al poder ilimitado y déspota de Pepe Luis, Mariquiya se nos presenta en la más absoluta indigencia. Su madre «pudría tierra allá en el cementerio del pueblo» y su padre, Er Tigre, «en la cárcel de Rute purgaba sus valentías» (pág. 14). También en una situación miserable, realmente insostenible y ya en el límite de la rebelión, vivían los jornaleros del campo:

Fue en aquel invierno inhóspito que echó el lobo de las sierras de El Tesorillo. La gañanía, sin pan y sin trabajo, ambulaba por las calles impetrando la caridad pública. La Guardia Civil no hacía más que conducir presos a los que por no mendigar robaban. En la miserable casilla que habitaba Er Tigre en los extramuros, ya iba para dos semanas que no se encendía la hornilla, ni masticaban los dientes otra cosa que los mendrugos sobrantes en épocas de abundancia (pág. 15).

Por otra parte, la misma naturaleza se carga de sensualidad y lirismo, en un proceso que le transfiere características personales. Así, las tierras cordobesas y el río Genil omnipresente en la novela aparecen teñidas de connotaciones humanas:

Caía el sol a plomo sobre la gran planicie andaluza [...] La tierra seca se abría en hondos cráteres como bocas sedientas implorando agua. Cantaban las cigarras su canción monótona en las ramas de los olivos. Los cuadros verdes de los melonares ponían una nota fresca de oasis en las retinas somnolientas (pág. 26).

Sin embargo, al mismo tiempo la naturaleza humana se torna inhumana, en un proceso de degradación que conduce a la pérdida absoluta de la sensibilidad y a la asimilación del personaje a las bestias: el sumiso Felipiyo, ciego por su fidelidad al amo, «en la cerrazón de su inteligencia ruda», trabajaba «al igual que las bestias. Cuando los peones se presentaban en el tajo, él llevaba tres o cuatro horas bregando, tal que si de cosa suya se tratara. La hacienda del amo era cosa sagrada para él y debía serlo para todos» (pág. 28); «Un día el pobre Felipiyo se echó a sus pies llorando, lamiéndole las manos grasientas, como si fuese un cachorro. El amo se complacía en aquella humildad» (pág. 29). No queda duda, pues, de la «ceguera del gañán por don Pepe Luis». Para Felipiyo era incomprensible lo que veían sus ojos: aquellos jornaleros «en lugar de ir besando por donde el amo pisaba, se reunían en conciliábulos para censurarle y maldecirle» (pág. 29). En los momentos en que existió un conato de rebelión obrera contra el amo, el gañán demostró su lealtad sin límites: «Protegido por los siviles anduvo trabajando de noche y de día, para salvar los intereses del amo» (pág. 30). Los jornaleros del campo se muestran ante la mentalidad de Felipiyo como malas gentes, lobos hambrientos, corazones de piedra o esarrapaos visiosos [desharrapados viciosos].

Luis de Castro plantea, pues, un drama social en tierras andaluzas y sueña con un futuro sin tales situaciones de injusticia. Esta inquietud por las condiciones laborales y

socioeconómicas de los jornaleros se deja traslucir en diferentes pasajes de la novela, como los siguientes:

Don Alfonso sintió una honda amargura por la gañanía. Allí, bajo los ardores de un sol calcinante, estaban los esclavos del surco y los parias de la hoz. Todos enfermos, hambrientos, envejecidos antes de tiempo a fuerza de trabajar con las bestias para hacer fecundo el campo de otro. De sol a sol laboraban por un jornal irrisorio, insuficiente para dar pan a la prole, debatiéndose entre las deudas del vendedor de comestibles, que se las daba «al fiao» y a doble precio, y las exigencias torturantes del amo, siempre amenazándoles con no darles trabajo (pág. 101).

Como en los tiempos de Augusto, los ricos seguían flagelando a los pobres, acorralándolos en sus necesidades, esclavizándolos en sus angustias, explotándolos en sus hambres... El sentía allá en las concavidades de su cerebro los rayos luminosos del ideal que avanzaba triunfador. Y desde el fondo de su corazón, mientras seguía andando, les dirigió un cariñoso saludo: «¡Hermanos!» (págs. 102-103).

El médico, don Alfonso, se nos muestra como un personaje ilustrado y filantrópico, que defiende unos principios anarquistas y sueña con el anarquismo utópico¹²:

Tenía en su sangre los gérmenes del apóstol, caminaba soñando como visionario sublime de ideales rebeldes. Evocaba una hégira de paz, de justicia y de hartura. Sonreía al porvenir venturoso en que aquellos cerebros, dormidos bajo el látigo, despertasen tremolando el estandarte rojo de las santas reivindicaciones humanas, hasta llegar a la perfección de una igualdad libre de egoísmos, pródiga en caridades. ¡Oh! el Evangelio de Dios-Hombre. Él hubiera querido que aquellas doctrinas nacieran en todos los seres con la naturalidad plástica del que nace con los ojos morenos o el pelo rubio (pág. 102).

Es el propio médico quien inicia en Felipio una toma de conciencia ante la explotación en que vive sumergido:

He de desirte, Felipio, que Maiquiya no tiene más amo que eya misma, como tú no debes tené má amo que tú mismo. ¿Te cree[s] que tu madre te ha parido para darte un amo? ¿De dónde sacas, desgrasiado, que los brazos con que trabajas son der amo? ¿Y er cerebro con que piensas sea der amo? ¿Y er corasón con que quieres pertenesca ar amo? Po[r] ese prosedimiento er día que te cases con Maiquiya, ni eya será tuya, ni tú serás de eya, pero los do seréis der amo (págs. 192-193).

Este proceso de concienciación social del mozo, que acaba transformado en su personalidad, se observa en el siguiente pasaje del diálogo con el médico:

No temas nada ni a nadie. ¿Qué puede hasé er amo? ¿Echarte? Poco importa eso. Tus brazos y tu juventú se abrirán paso por todas partes [...] dondequiera que vayas serás bien acogido... No te apures, hombre... Y le dio una palmadita amigable en el hombro con fraternidad de hermano. Al salir a la calle, Felipio se sintió otro. La alegría rebosaba por su cuerpo [...] halló el consuelo refrescante de un oasis bienhechor. No habían caído en campo yermo las palabras del apóstol [...] Sentíase con deseos de verse con el amo y rebelarse contra su látigo (págs. 140-141).

Por obra de don Alfonso, se logra la plena transformación del obrero explotado en un obrero libre, cuya conciencia social de hombre libre le permitirá desarrollar un nuevo papel en el transcurso de la novela:

¹² Para comprender la estética anarquista, la importancia de la naturaleza, la crítica del sistema dominante, la transfiguración literaria de la realidad, las luchas de los desheredados con los enemigos del pueblo, etc., vid. Lily Litvak, *Musa libertaria*, Barcelona, Antoni Bosch, editor, 1981, especialmente págs. 29-182; y *España 1900. Modernismo, anarquismo y fin de siglo*, Barcelona, Anthros, 1990, págs. 259-355, para la difusión del anarquismo, la lucha del delincuente con la justicia, etc.

Su vida de esclavo parecía hallarse en los estertores de la muerte, muerte fecunda porque le haría libre, ¡libre!, y los hombres libres no pordiosean lo que es suyo, lo que Dios les dio, lo que los «amos» les quitaron (pág. 141).

Así, en el encuentro de Felipiyo con el amo se aprecia la nueva actitud de abierta hostilidad del muchacho hacia su persona:

Sonrió el gañán horriblemente, como nunca lo viera sonreír. Era una fiereza bravía, que retrató en su pupila negra sangre y crimen (pág. 170).

La plena transformación de la personalidad de Felipiyo llega cuando, habiéndose echado al monte, nos enteramos por el diálogo de Zarzales y el médico que Felipiyo le disparó al juez para asesinarlo, aunque falló en su intento (pág. 266). Asimismo, Zarzales anuncia en secreto a don Alfonso que la rebelión obrera ya se ha gestado: «Los de la ribera intentan subir al pueblo» (pág. 267). Para el médico, se trataba de una empresa gigante, de una aspiración legítima de los desheredados.

Se aprecia también en la novela el deseo de establecer un paralelismo entre las fuerzas de la naturaleza desatada y la explotación obrera, el desamparo de los campesinos, azotados por el hambre y hundidos en la miseria:

Aullaban los vientos del invierno en las calles pueblerinas. Caía el agua tupida y recia. El gotear precipitado se ahogaba con el rumor acompasado del grueso chorro de los canalones que descendía con estridencias de catarata. A la entrada de las viviendas, los vecinos previsores se resguardaban de una posible inundación colocando torrecillas de capachos aceiteros, con el fin de desviar las aguas turbulentas hacia el centro del arroyo (pág. 173).

Ya iba para veintitantos días que los rayos del sol no besaban los campos ni reían en las calles. Las gentes jornaleras, recluidas en la hediondez de sus viviendas, se defendían, heroicas, de los zarpazos del hambre (pág. 174).

Crecía el curso del Genil con aluviones que ponían miedo en el pensamiento y sobresalto en el corazón. El agua que se explayaba rompiendo las barreras de las orillas, penetraba en los molinos harineros haciendo enmudecer a las turbinas, paralizando las muelas, amasando en inútil amasijo de aguas cenagosas las harinas, y acogiendo en su fondo de barro los costales llenos de trigo (pág. 180).

Fuera, la lluvia, en franca lucha con el aire, batía los cristales de las ventanas y los balcones. Las calles encosteradas se hallaban convertidas en imponentes torrenteras que se desbordaban lamiendo con su corriente espumosa las fachadas de los edificios, para irrumpir más tarde en los campos arrasando los plantíos, desenterrando las semillas, estancándose en las hondonadas formando lagunas (pág. 190).

Las aguas siguen su labor destructora... La gañanía ruge de hambre... ¡No hay caridad entre los hombres! (pág. 208).

A menudo, la simple presencia de algunos elementos (faca, cuchillo, etc.) contribuye a potenciar el ambiente del final dramático que se presagia: por ejemplo, «Er Tigre empuñaba una faca, que relucía trágicamente» (pág. 16). En otro momento, en que Mariquilla se halla enferma, increpa al amo y lo amenaza «con un cuchillo que bajo de la almohada tenía oculto» (pág. 163). Los dos últimos capítulos muestran la contraposición entre los jornaleros, sedientos de venganza, y los esbirros del todopoderoso Pepe Luis, convertidos en perros de presa que perseguían a los humillados:

Los sentimientos fraternales que debieran sentir todos mutuamente, se convirtieron, por fuerza de la incultura y del medio ambiente, en lanzas de combate (pág. 255).

La rebelión de los obreros se muestra cada vez más inminente:

La adversidad los unía a todos. El odio de los fuertes tatuó en sus corazones la venganza. Y dentro de su pequeñez y de sus miserias, se sintieron -al barruntar un día de justicia para los buenos, que así había dicho el Maestro de los maestros- fuertes y ricos de idealismos (pág. 258).

El capítulo final alterna las escenas de diversión y borrachera del cacique, acompañado por sus esbirros, con la descripción de la vida salvaje que llevaba la gañanía en las riberas del río Genil. Al salir del casino, de madrugada «bajo los rayos fríos de la luna invernal», por todas las calles del pueblo empezaron a afluir «hombres cubiertos de harapos, tupidas las barbas, torvo el mirar», que «enarbolaban hachas, escopetas y cuchillos», seguidos de «hembras rabiosas, sueltos al aire los cabellos, relampagueadores los ojos, apretando sobre el seno, lacio y esteril, las crías. Aireaban al viento delantales y pañuelos como banderas del ejército del hambre».

La venganza se tiñe con tintes dramáticos:

La punta del cuchillo desgarró carnes y manos tendidas en demanda de compasión. Y en las sábanas de hilo, que acariciaron cuerpos privilegiados, se vieron salpicaduras de sangre coagulada (pág. 282).

Se precipitan los acontecimientos y al asesinato de la alcaldesa sigue el de los hijos del amo y, por último, el suyo propio, a manos de Felipiyo, alentado por los gritos de Mariquiya. En la hoguera se consumieron los cadáveres de las víctimas, cuyas «fantásticas luminarias» alumbraron los «clarores de la aurora». Trágico final novelesco, que sólo tuvo correlato en la imaginación calenturienta del autor, dejándose llevar por ideales incendiarios que permitieran reparar las dramáticas injusticias sociales de la historia andaluza.

Las hablas andaluzas y cordobesas en *El amo*

Lo mismo que su hermano Cristóbal de Castro escribió «los cromáticos cuadros andaluces, según el gusto de Rueda», en palabras de Cansinos Assens¹³, Luis de Castro intentó recrear en *El amo* la vida popular de Andalucía, concretamente del Sur de Córdoba, donde había crecido, había aprendido a hablar y de donde, con gran penuria, había partido hacia la capital madrileña buscando la prosperidad económica que a la familia le negaban estas tierras meridionales.

Los autores costumbristas, muchas veces, no parecen hombres de su tiempo. Inventan un tiempo histórico, que no es el pasado ni el presente. Con el empleo de rasgos dialectales, provinciales y arcaicos, se pretende mostrar lo tradicional, las esencias nacionales y regionales, de tal modo que van a tener un lugar destacado en la obra de arte, en el proyecto literario e ideológico del autor. El habla viva, los vocablos expresivos, las voces deformadas en boca del pueblo, los giros provinciales se encuentran en la literatura costumbrista¹⁴. Se buscan los tipos populares españoles, a veces descritos de forma externa, sin vida interior; otras veces son personajes vivos, bien elaborados psicológicamente. Muchas veces nos encontramos con modalidades españolas de tipos universales y otras veces, el

¹³ Rafael Cansinos Assens, *Obra crítica*, op. cit., vol. I, pág. 240.

¹⁴ Esto es lo que hace Arturo Reyes en *Cartucherita. Novela andaluza (1897)*, Edición, introducción y notas de Cristóbal Cuevas García, Málaga, Diputación Provincial de Málaga, «Clásicos Malagueños», 1984, quien «recoge lo más característico del dialecto andaluz en su modalidad malagueña, pese a la insuficiencia de los medios de observación y transcripción de que disponía», pág. XII. Se puede estar de acuerdo con las palabras que cita C. Cuevas de Ortega Munilla, para quien en *Cartucherita* «nunca se traspasan, sin embargo, las fronteras del buen gusto y de la moderación en el uso del habla dialectal, como si Arturo hubiera querido dosificarla de manera que, evocando lingüísticamente el ambiente

intento de buscar lo genuino español, nos conduce a la segregación, a convertir España en un país de segregación y a la idea de que «España es diferente».

Apunta Dominique Grard que las imitaciones del habla andaluza en bastantes novelas cortas de la época se caracterizan por una gran superficialidad y por el falseamiento de la realidad lingüística, nada de lo cual puede comprobarse en los textos de Cristóbal de Castro, que llegaron a ser usados como autoridades por el lexicógrafo andaluz Antonio Alcalá Venceslada¹⁵. Sin embargo, creemos que en el caso de Luis de Castro, hay que matizar lo que aparentemente podríamos pensar: que también él ha trasladado a su novela ese pueblo andaluz -con toda su compleja realidad sociológica-, ausente de las obras literarias y que los hermanos Machado, por ejemplo, escondieron detrás del pueblo, concebido como realidad romántica¹⁶.

A Luis de Castro lo guiaba, como a su hermano Cristóbal, la intención de trasladar la realidad lingüística andaluza al texto costumbrista de *El amo*¹⁷. Los resultados carecen de la agilidad, de la finura y de la elegancia que poseen novelas cortas de Cristóbal, como *Luna, lunera...* o *Fifita, la muchacha en flor*¹⁸. Valera, que se preocupó siempre de que sus personajes andaluces no cayeran en la vulgaridad (por lo que evitaba la reproducción de niveles sociolingüísticos ínfimos), censuraba «la adulteración de la ortografía para reproducir el habla andaluza», para que no derivase en una «lengua bárbara e informe»: Respetilla, Juanita la Larga y tantas «otras figuras del vulgo andaluz [...] hablan como por allí se habla, sin necesidad de notar lo mal y disparatadamente que acaso pronuncian»¹⁹. Había escrito también Valera que para algunos «todo el toque del habla andaluza consiste, no ya en revestir de imágenes y de otras calidades peculiares el pensamiento, sino en pronunciar de cierta manera estropajosa, indicando esta pronunciación en la escritura, y

meridional, no distrajera a los lectores de los problemas fundamentales que la novela plantea. Por lo demás, es sorprendente la capacidad de observación de Reyes, cuando, de acuerdo con la moderna dialectología, hace hablar de forma distinta a hombres y mujeres del pueblo, siendo éstas mucho menos dialectalizantes que aquellos, sobre todo en el caso de Clotilde, que prácticamente, emplea un castellano casi normalizado, al igual que don Lorenzo» (ibid., pág. XXI).

¹⁵ Vid. Manuel Galeote, «Sobre autoridades del Vocabulario Andaluz de Alcalá Venceslada: los textos dialectales de C. de Castro», en Manuel Barea Collado y Francisco M. Carriscondo (eds.), Antonio Alcalá Venceslada. Homenaje en el XL Aniversario de su muerte (1955-1995), Marmolejo (Jaén), Excmo. Ayuntamiento, 1997, págs. 17-61.

¹⁶ Vid. José Mondéjar, «El andalucismo ambiental y el andalucismo lingüístico en el teatro de los hermanos Machado», in: *Antonio Machado hoy. Actas del Congreso Internacional Conmemorativo del Cincuentenario de la Muerte de Antonio Machado* (Sevilla, 14-19 de febrero de 1989), II, Sevilla, Alfar, 1990 pág. 345, incluido en *Dialectología andaluza*. Estudios, Granada, Editorial Don Quijote, 1991, págs. 339-370.

¹⁷ Pudieron influir en Cristóbal y en Luis, dada la admiración que ya hemos señalado hacia Joaquín Costa, sus preocupaciones regionalistas y la observación de los fenómenos dialectales, que ha estudiado Juan Gutiérrez Cuadrado, «Joaquín Costa y la dialectología Hispánica», *Senara. Revista de Filología*, IV, 1982, págs. 27-57.

¹⁸ Vid. Manuel Galeote, «Aproximación al habla cordobesa en las novelas andaluzas de Cristóbal de Castro», en M. Galeote (ed.), *Hablas cordobesas y literatura andaluza, Actas de los Primeros Cursos de Verano de la Subbética* (Iznájar, Córdoba), Granada, Instituto de Ciencias de la Educación, Universidad de Granada, 1995, págs. 57-78; y «El habla cordobesa en las novelas andaluzas de Cristóbal de Castro», *Boletín de la Real Academia de Córdoba, de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes* LXV, nº 127 (1994), págs. 477-488.

¹⁹ Juan Valera, «El regionalismo literario en Andalucía» (1900), *Obras Completas*, II, Madrid, Aguilar, 1949, 2ª ed., pág. 1052. Sobre las dificultades de transcripción de las peculiaridades lingüístico-dialectales andaluzas con la ortografía convencional del español véase nuestra comunicación «Las letras de los fandangos de verdiales en el Sur de Córdoba desde el punto de vista dialectal. Criterios para una edición», en *V Congreso de Folclore Andaluz (Málaga, 1994). Expresiones de la cultura del pueblo: El «fandango»*, Centro de Documentación Musical de Andalucía, Granada, 1998, págs. 99-111.

disfrazando feamente las palabras»²⁰.

No le resultó fácil a Luis de Castro evitar caer en la falsificación lingüística de Andalucía y alcanzar un nivel artístico-literario equiparable al de su hermano Cristóbal, con la novelita *Luna, lunera...*²¹. Ésta era realmente una obra ejemplar y para Luis debió de ser un reto llegar a igualarla o, incluso, superarla. Pero, a nuestro juicio, desde el punto de vista lingüístico, no pudo lograrlo. Como tampoco lo lograría años después Miguel de Castro, con *La niña del alcalde* ni con *Morena y granadina*. Esto no es óbice para aceptar que las novelas de Luis y de Miguel, como textos costumbristas que son, tienen indudable interés para el estudio lingüístico en marcha.

Es posible, incluso, que el profundo costumbrismo dialectal o regional andaluz repercutiera en la difusión de *El amo* -reduciendo el número de lectores-, tal como en otro lugar hemos señalado que influyó en los textos costumbristas de Cristóbal²². En cambio, Juan Valera ¡con cuánta elegancia registra las características lingüísticas andaluzas!, por ejemplo, en *Juanita la Larga*. Sin caer en lo vulgar ni en lo rústico, lo mismo cuando describe la gastronomía que la Semana Santa andaluza. Si comparamos la imagen lingüística que brota de la recreación literaria que lleva a cabo Luis de Castro con la situación lingüística actual de las Sierras Subbéticas cordobesas, conoceremos algunos aspectos parciales de cómo se hablaba a principios de siglo y hasta qué punto se ha transformado el habla. Los testimonios de carácter sociolingüístico que nos da el autor muestran, a menudo, que no carece de sensibilidad lingüística. Luis de Castro es un observador sagaz y no desperdicia la menor ocasión para reproducir, por ejemplo, la microtoponimia surocordobesa, con una ortografía que aspira a ser dialectal, en ocasiones: Bardarenas 'Valdearenas', el río Genil, El Tesorillo, El Mayorazgo, Cuesta Colorada, La Plaza Nueva, La Isla, Puerta de la Muela, Los Barrancos, La Cruz de San Pedro, La Antigua, La Selada, etc.²³.

Sin embargo, la compleja estratificación sociolingüística de las hablas cordobesas y andaluzas no tiene cabida en *El amo*, por más que nos empeñemos en rastrear argumentos a favor. No creo tampoco que deba decirse que Luis de Castro lleva a cabo una falsificación del habla andaluza. Parece más exacto, a nuestro juicio, considerar que el novelista carece de los medios y de la pericia para recrear la variación dialectal y sociolingüística

²⁰ Juan Valera, «Las Escenas Andaluzas del Solitario» (1856), Obras Completas, II, Madrid, Aguilar, 1949, 2ª ed., pág. 51. Vid. Belén Gutiérrez, «El léxico andaluz en la obra de Valera», en *Antiqua et Nova Romania. Estudios lingüísticos y filológicos en honor de José Mondéjar en su sexagésimo quinto aniversario*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada, 1993, vol. I, págs. 313-330.

²¹ Hay que llamar también la atención sobre el cuidado que Juan Ramón Jiménez puso al reproducir los rasgos fonéticos andaluces en *Platero y yo* (citamos por la edición de Jorge Urrutia, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997), de donde tomamos los siguientes ejemplos: «...con grandej fatiguiiiyaaa / yo je lo pedíaaa...» (pág. 186); «Zeñorito, zi eze gurro juera mí» (pág. 228); «Puej no l'a faltao ná» (pág. 229); «¡A loj tojtaiiitoooj piñonee...!» (pág. 257); «¡Dioj quiá que no je queme nesta noche muchaj naranja» (pág. 263), etc., así como en su libro *Diario de un poeta recién casado* o en el conocido poema «La carbonerilla quemada».

²² Manuel Galeote, «Contribución al análisis sociolingüístico del vocabulario andaluz en textos costumbristas cordobeses (primer tercio del siglo XX)», en Antonio Narbona Jiménez y Miguel Ropero Núñez (eds.), *El habla andaluza (Actas del Congreso del Habla Andaluza, Sevilla, 4-7 marzo 1997)*, Sevilla, SPHA, Ayuntamiento y Universidad de Sevilla, Junta de Andalucía, 1997, págs. 473-488.

²³ Es mucho mayor la habilidad de Cristóbal de Castro para recrear el habla popular andaluza en sus novelas cortas, según hemos puesto de manifiesto en la Introducción a la edición de *Luna, lunera...*, op. cit., págs. 35-46; «Aproximación al habla cordobesa en las novelas andaluzas de Cristóbal de Castro», en *Hablas cordobesas y literatura andaluza*, op. cit. págs. 57-78; «Sobre autoridades del Vocabulario andaluz», op. cit., págs. 17-61; «Contribución al análisis sociolingüístico del vocabulario andaluz en textos costumbristas cordobeses», op. cit., págs. 473-488; y en «Recreación del habla andaluza y periodización», op. cit., págs. 78-81.

que caracteriza las hablas meridionales²⁴.

Las referencias al habla rural de la comarca surcordobesa, esto es, del treviño formado por las provincias de Córdoba, Granada y Málaga, donde están enclavadas las localidades de Iznájar, Villanueva de Tapia (Málaga) y Loja (Granada) procederán normalmente de nuestros estudios dialectales²⁵.

Las incoherencias en que cae Luis de Castro al reproducir los rasgos fonético-dialectales están motivadas, en primer lugar, por la falta de adecuación del sistema ortográfico del español, que se muestra insuficiente a todas luces para una transcripción fonética²⁶; en segundo lugar, porque el autor de la obra literaria no pretende ofrecer textos dialectales, sino seleccionar rasgos característicos para obtener el efecto literario que desea; y, en tercer lugar, porque Luis de Castro se halla inmerso en una tradición costumbrista y su reproducción del habla dialectal responde más a la tradición escrituraria que a una preocupación de dialectólogo o aficionado a la dialectología.

La zona del treviño cordobés, granadino y malagueño, en la que confluyen los tres límites provinciales, en pleno corazón de las Sierras Subbéticas, nos muestra el entrecruzamiento de un buen número de isoglosas dialectales andaluzas, como ya pusimos de manifiesto en otro lugar²⁷. El seseo coronal es uno de los principales rasgos dialectales de la comarca surcordobesa, aunque también encontramos el seseo predorsal, el ceceo y la distinción /s/:/q/. En algunas novelas de Cristóbal de Castro (Luna, lunera, Fifita, Clavequina, ¡Cú-cú!, Mariquilla, barre, barre... y Los hombres de hierro) vemos que aparecían frecuentemente personajes que seseaban²⁸. En *El amo* abundan los ejemplos de seseo, incluso en posición implosiva (crus por cruz), lo cual no deja de ser pura ficción, puesto que en las hablas meridionales la /-s/ final y muchos otros fonemas consonánticos (incluido el dentointerdental) se aspiran desde hace siglos. Veamos algunos ejemplos: *hombrecitos* 'hombrecitos', *vergüensa* 'vergüenza', *sinco* 'cinco', *susedío* 'sucedido', *parese*, *siviles* 'civiles', *jase* 'hace', *antonses* 'entonces', *Visente* 'Vicente', *cárser* 'cárcel', *esgrasiao* 'desgraciado', *bisicleta* 'bicicleta', *aseituna* 'aceituna', *aseite* 'aceite', *mosito* 'mocito', *cosía* 'cocida', *influenzia* 'influencia', *resusitao* 'resucitado', *asusena* 'azucena', *vasilará[s]* 'vacilarás', *sebá* 'cebada', *garbansos* 'garbanzos', *josino* 'hocino', *seboya* 'cebolla', *Sarsale*

²⁴ Es bien conocida la preocupación de los folkloristas andaluces y sevillanos, encabezados por Antonio Machado y Álvarez, por reproducir el habla popular de las coplas y composiciones literarias que recogían de la tradición oral, vid. José Mondéjar, *Dialectología andaluza*, op. cit., págs. 65-86. Antes de que lo hiciera Antonio Machado y Álvarez (1870), sólo Gaspar Fernández de Ávila (siglo XVIII) y el barón Davillier (1862) reprodujeron la aspiración de /-s/ en el habla popular y rústica de Andalucía, *ibid.*, págs. 191-199.

²⁵ Manuel Galeote, Estudio lingüístico del habla rural del treviño formado por Iznájar (Córdoba), Villanueva de Tapia (Málaga) y Ventas de Santa Bárbara, Anejo de Loja (Granada), Memoria de Licenciatura inédita, presentada el 30 de noviembre de 1987 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada y dirigida por el Prof. Dr. José Mondéjar; y *El habla rural del treviño de Iznájar, Villanueva de Tapia y Venta de Santa Bárbara*, Ilmo. Ayuntamiento de Iznájar (Córdoba), Ediciones TAT, Granada, 1988.

²⁶ Cfr. José Mondéjar, «En los orígenes de la dialectología andaluza: II. Etapa precientífica», en *Estudios Románicos dedicados al Profesor Andrés Soria Ortega*, I, 193-220, Granada, Universidad de Granada, 1985, págs. 193-220; incluido en *Dialectología andaluza*, págs. 53-91.

²⁷ Manuel Galeote, *El habla rural del treviño de Iznájar, Villanueva de Tapia y Venta de Santa Bárbara*, Granada, 1988, págs. 18-19 y mapa nº 1; «Léxico rural del treviño de Córdoba, Granada y Málaga», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* XLV (1990), págs. 131-170; y «El vocabulario del olivar en el Sur de Córdoba», *Boletín de la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes* LXIII, 123 (1992), págs. 277-300.

²⁸ M. Galeote, «Aproximación al habla cordobesa», op. cit., pág. 66.

'Zarzales', sita 'cita', Sorrillo 'Zorrillo', prinsesa 'princesa', etc.²⁹.

Indudablemente, como habría observado el propio novelista Luis de Castro en la comarca cordobesa, este tipo de seseo tenía que producirse con una articulación de la /s/ como fricativa coronal plana.

Entre los numerosos ejemplos de aspiración y pérdida de /-s/ implosiva³⁰ en el texto, tanto en posición final de sílaba como de palabra, pueden citarse los siguientes: atrás 'atrás', má jacaíya 'más acaílla', mimamente 'mismamente', André 'Andrés', sivile 'civiles', dempué 'después', los grito 'los gritos', etá 'está', quisite 'quisiste', papele 'papeles' que constituyen una prueba de la alteración de la consonante implosiva y la dificultad para el novelista de escribir el sonido aspirado implosivo con la ortografía española³¹.

No pueden separarse estos casos de aspiración de /-s/ implosiva de aquellos otros que demuestran la conservación de la arcaica aspiración inicial [h-], procedente de F- latina o de otro origen. Por ejemplo: jase 'hace', jasta 'hasta', ajorrar 'ahorrar', jui 'fui', jue 'fue', juimos 'fuimos', jasa 'haza', josino 'hocino', jumos 'humos', jorca 'horca', ajogo 'ahogo', jorno 'horno', etc. Este fenómeno de las hablas andaluzas occidentales tiene carácter rústico en la comarca surcordobesa y su estigmatización sociolingüística está provocando su pérdida, condicionada por variables sociales como la edad, la cultura y el sexo³². Conviene subrayar que la transcripción de la [h] faríngea aspirada sorda se realiza mediante la grafía j-, aunque no exista velarización. Este es un error que se ha convertido en norma habitual dentro de la literatura costumbrista y «de cuantos no especialistas quieren reproducir este fenómeno de conservación fonética castellana en la Andalucía rural, dado que, al no figurar entre los fonemas del español estándar la aspiración como tal, recurren al grafema que representa el sonido del fonema más próximo: la jota. Pero como se verá, esto viene de antiguo»³³. En *El amo* de Luis de Castro se perpetúa la incoherencia -que encontramos ya en Gaspar Fernández de Ávila y en el barón Davillier-, de conservar la [-s] implosiva de una palabra y reflejar su aspiración simultáneamente, aunque es incompatible, al comienzo de la palabra siguiente: valga como ejemplo los jotros 'los otros', donde la j- está en contradicción con la -s del artículo³⁴. A diferencia de Cristóbal de Castro, en cuyas novelas encontramos apreciaciones sociolingüísticas sobre el carácter rústico de la aspiración arcaica, Luis de Castro no hace distinciones en el uso de esta variable sociolingüística en boca de sus personajes.

Nos ocuparemos, seguidamente, de los numerosísimos casos de yeísmo en *El amo*, que atestiguan la realidad lingüístico-dialectal de la comarca que atraviesa el Genil, al sur de Córdoba: Mariquiya 'Mariquilla', Tobaliyo 'Cristobalillo', Felipiyo 'Felipillo', cayá 'callar', Peyita 'Pellita', chiquiyos 'chiquillos', ratiyo 'ratillo', oya 'olla, cocido', borsiyos 'bolsillo', Cabayito 'Caballito', gayina 'gallina', perriya 'perrilla', yeno 'lleno', Yanete 'Llanete', copiyas 'copillas', etc. Detrás de estos ejemplos no puede ocultarse más que una

²⁹ Cfr. la Introducción a Cristóbal de Castro, *Luna, lunera...*, op. cit., págs. 38-39.

³⁰ Tras debilitarse la articulación de la /-s/ implosiva, se aspira y después desaparece, aunque puede conservarse la abertura de la vocal precedente con valor funcional tras la pérdida de la [-h], como ocurre en la Andalucía oriental y en el habla del treviño de Córdoba, Granada y Málaga, vid. Manuel Galeote, *Habla rural*, págs. 85-87. Para la cronología del fenómeno, vid. José Mondéjar, *Verbo andaluz*, págs. 54-55; *Dialectología andaluza*, págs. 192-198 y 288-293.

³¹ Vid. José Mondéjar, *Dialectología andaluza*, pág. 45; cfr. Cristóbal de Castro, *Luna, lunera...*, op. cit., págs. 43-44 y n. 81.

³² Vid. Manuel Galeote, *Habla rural*, págs. 71-83.

³³ José Mondéjar, *Dialectología andaluza*, págs. 191-192.

³⁴ *Ibidem*, págs. 194-195: las jorejas, los jojoso las jarree (en Fernández de Ávila); necesitamos jeso (en el barón Davillier); y el estudio lingüístico que hizo F. Torres Montes en su edición de Gaspar Fernández de Ávila, *La infancia de Jesu-Christo*, Universidad de Granada, 1987, págs. 31-46.

pronunciación yeísta real en la zona surcordobesa, con una [y] mediopalatal fricativa sonora, semejante a la del español y sin tendencia al rehilamiento³⁵.

Por lo que se refiere a la neutralización de /-r/ y /-l/ implosivas en español y a las distintas realizaciones del archifonema, señalaremos que la eliminación de [r] y [l] caracteriza a la Andalucía occidental, mientras que la pronunciación [l] predomina en la oriental. En el treviño de Córdoba, Granada y Málaga, el archifonema se realiza en posición interior como [-r] fricativa y como [-l] tensa o relajada, si bien es más frecuente la primera realización³⁶. Los siguientes ejemplos de *El amo* ponen de manifiesto la caracterización antedicha del habla de la comarca y muestran su carácter de transición, entre la Andalucía occidental y oriental. Se ha eliminado la articulación de /-r, -l/, como en el occidente andaluz, en mejó 'mejor', matá 'matar', caló 'calor', tendé 'tender', cayá 'callar', contalo 'contarlo', eshonrá 'deshonrar', querete 'quererte', mujé 'mujer', señó 'señor', siví 'civil' y clavé 'clavel'; y se conserva la pronunciación [r] del archifonema en penar 'penal', arma 'alma', ar 'al', güérvete 'vuérvete', Sarvaó 'Salvador', cárser 'cárcel', mardita 'maldita', curpa 'culpa', borsiyó 'bolsillo', úrtima 'última', fier 'fiel', etc.

Se neutralizan, asimismo, los fonemas /-r/ y /-l/ explosivos en posición agrupada en el habla rural del treviño de Córdoba, Granada y Málaga, aunque actualmente el uso está desapareciendo y los casos que pueden documentarse quedan relegados a determinados niveles de edad. Un testimonio de esta realidad lingüística lo constituyen ejemplos de *El amo* como pelegrina 'peregrina', arregre 'arregle' o goria 'gloria', entre otros³⁷.

Respecto de la pérdida de la dental sonora intervocálica /-d-/ , son numerosos los casos que podríamos señalar en *El amo*. No sólo en las terminaciones (-ado, -ada, etc.), sino también en otras posiciones de la palabra se produce la pérdida de la dental: mare, mae 'madre', méico 'médico' o roíyas 'rodillas'³⁸. Los ejemplos que aducimos obedecen seguramente a una pronunciación popular que habría oído Luis de Castro:

- ado: acostao 'acostado', explotaos 'explotados', esgrasiao 'desgraciado', mercao 'mercado', criaos 'criados', sordao 'soldado', resusitao 'resucitado'
- ada: ná 'nada', camará 'camarada', mirás 'miradas', seβά 'cebada', caáveres 'cadáveres'
- ador: Sarvaó 'Salvador' (pero aperador)
- eda: puea 'pueda', sea 'seda'
- ede: pue 'puede'
- ido: susedío 'sucedido' (pero metidos); vestío 'vestido'
- ida: cosía 'cocida'
- odo(s): tó 'todo', toos 'todos'
- udo: esnúo 'desnudo', viúo 'viudo'

³⁵ Vid. Manuel Galeote, *Habla rural*, págs. 89-90; ALEA, mapas 1703-1704; Cristóbal de Castro, *Luna, lunera...*, op. cit., pág. 44. «Documentación andaluza del yeísmo se encuentra muy esporádica y dispersa en los escritos de los siglos XVI y XVII. Es a partir del siglo XVIII cuando se generaliza su aparición en los papeles de archivo y en las manifestaciones populares literarias [...] en la primera mitad del siglo XVII todavía no debió de darse el yeísmo en la Andalucía occidental», José Mondéjar, *Dialectología andaluza*, pág. 205.

³⁶ Vid. Manuel Galeote, *Habla rural*, pág. 91-92. Para los comentarios sobre los resultados de /-r, -l/ implosivas en la dialectología andaluza precientífica, vid. José Mondéjar, *Dialectología andaluza*, págs. 72-84.

³⁷ Cfr. Gaspar Fernández de Ávila, *La Infancia de Jesu-Christo*, op. cit., págs. 38-40; Manuel Galeote, *Habla rural*, pág. 92; ALEA, mapa 1699; y Francisco Salvador, *La neutralización de -l, -r en posición explosiva agrupada y su área andaluza*, Universidad de Granada, 1978, págs. 234 y 256-257.

³⁸ Cfr. Fernández de Ávila, Op. cit., págs. 40-41; y José Mondéjar, *Dialectología andaluza*, págs. 189-191, con ejemplos del barón Charles Davillier (1862) y otros más tempranos de Tomás López (fechados en 1789) y de Fernán Caballero (1849).

Además, se elimina la dental sonora /d/ en posición inicial de palabra: por ejemplo, esnúo 'desnudo', esgrasio 'desgraciado', eshonrá 'deshonrada', esmayá 'desmayada', esayuno 'desayuno', éjate 'déjate', etc.

Otros hechos o rasgos lingüístico-dialectales de esta novela, que merecen señalarse, siquiera de forma somera, porque perviven con cierta vitalidad en el habla popular de la tierra natal de Luis de Castro y del terruño surcordobés, son la pronunciación del grupo /kt/ como [rt] (prático 'práctico'); la igualación de /b-/ y /g-/ por equivalencia acústica (güérvete 'vuérvete', güerto 'vuelto', güeno 'bueno' o gromitas 'bromitas'); la prótesis vocálica en algunas formas léxicas (aconformes 'conformes' y ayegue 'allegue', por ejemplo); la asimilación vocálica (de custión 'cuestión', po 'pues', antoneses 'entonces', línia 'línea', asperara 'esperara' o ascarmienta 'escarmienta') y la presencia de vulgarismos del español, como alante 'adelante', alantar 'adelantar', ande 'adónde' o mu 'muy'.

Desde el punto de vista morfológico, debe comentarse la forma pronominal acá que ha sustituido al pronombre nosotros³⁹. Sólo un par de veces encontramos en el texto la forma nosotros, frente a una abrumadora mayoría de casos de acá. Esta sustitución, muy difundida todavía en el sur de Córdoba, noroeste de Málaga y este de Granada, debió de tener gran vitalidad en el pasado. Este rasgo dialectal es uno de los más importantes desde el punto de vista morfosintáctico en el habla rústica de la comarca. Actualmente, hay que considerarlo como un estereotipo sociolingüístico, cuya estigmatización se ha producido con una velocidad rapidísima en los últimos veinte años. Se siente que es un rasgo arcaico, rústico y vulgar, por lo que se ha relegado a situaciones comunicativas familiares e íntimas⁴⁰.

Junto con esta sustitución, en el habla de la comarca se ha producido el desplazamiento de vosotros por ustedes, como en la Andalucía Occidental. En varias ocasiones encontramos en *El amo* la variante astés 'ustedes': acuérdense astés, se han enterao astés, están astés, astés lo puen comprendé, no se rían astés, ven astés, astés tendrán, astés me jisieron, etc. Aunque astés 'ustedes' alterna con asté 'usted', ninguna de estas dos formas está documentada en las hablas andaluzas occidentales, donde sólo se conocen ostedes y ustedes⁴¹. En cuanto a los pronombres reflexivos de primera y segunda persona del plural, son frecuentes en el uso las formas átonas mus 'nos' y sus 'os'. Dentro de la morfología verbal, debe de comentarse el arcaísmo castellano haiga por haya, que pervive en el habla rústica surcordobesa⁴².

En cuanto al vocabulario empleado por Luis de Castro en *El amo*, no podemos apuntar aquí más que algunos usos y aspectos muy concretos, para no excedernos en los límites de este análisis. A los andalucismos de diverso origen (mangurrinos 'trabajadores nómadas', tejeringos 'churros', peana 'hogar de la cocina, fogaril', presiyo 'presidio', rueda 'azuda') se añaden los términos arcaicos castellanos (panilla 'medida de aceite', pajizo 'de color

³⁹ El uso de acá 'nosotros' está documentado también en las novelas de Cristóbal de Castro y de Miguel de Castro, vid. *Luna, lunera...*, op. cit., pág. 45, 186 y 194; más ejemplos en «Aproximación al habla cordobesa», op. cit., págs. 69-70.

⁴⁰ Según el ALEA, mapa 1820, el área de acá 'nosotros' está delimitada por el cuadrilátero formado por Alcaudete (Jaén), Castil de Campos (Priego de Córdoba), Jauja (Córdoba) y San Sebastián de los Ballesteros (Córdoba). Sin embargo, nuestras encuestas nos confirman la extensión del fenómeno en Iznájar, Las Lagunillas de Priego de Córdoba, Zagra (Granada), Villanueva de Tapia (Málaga) y en otras localidades malagueñas como Herrera, Mollina, Alameda y Antequera. Cf. José Mondéjar, *Verbo andaluz*, pág. 168; F. Álvarez Curiel, *Vocabulario popular andaluz*, Málaga, Arguval, 1991, s.v. acá; y M. Galeote, *Habla rural*, pág. 96.

⁴¹ Vid. José Mondéjar, *Verbo andaluz*, págs. 169-170 y m. 62; ALEA, VI, m. 1822.

⁴² Cfr. Cristóbal de Castro, *Luna, lunera...*, pág. 45.

amarillo'), algún gitanismo (trajelar 'tragar') los microtopónimos comarcales (ya citados anteriormente), los apodos de personas (Zarzales, El Bizco, El Caballito, El Tigre, etc.) y la terminología rural de oficios, animales, plantas o cultivos (gusano de luz 'luciérnaga,' ramones 'brotes tiernos del olivo').

Por desgracia, a diferencia de la finura de su hermano Cristóbal de Castro, Luis no nos ofrece en *El amo* ninguna observación de carácter sociolingüístico sobre el modo de expresarse sus personajes. Asimismo, se aprecia una cierta arbitrariedad en la distribución de los rasgos dialectales que caracterizan lingüísticamente a sus personajes. A la falta de recursos y de agudeza lingüística, según hemos puesto de manifiesto, se añade la inhabilidad del novelista para recrear literariamente los hechos lingüístico-dialectales de su Andalucía natal, en gran medida condicionada por la fuerte presión ortográfica de la tradición literaria costumbrista meridional.